

¿Sueñan las estructuras con agentes?, o venturas y desventuras del pensamiento estructural para la historia

Do Structures Dream of Agents? or Adventures and Misadventures of Structural Thinking for History

Damián López
Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de Quilmes
damianlopez@gmail.com

Resumen

Entre los años cincuenta y sesenta del siglo XX surgió con fuerza en Francia una lectura estructuralista de lo social, que se opuso al humanismo y a la concepción moderna del sujeto como entidad fundante y unidad básica para el análisis. Este artículo reflexiona sobre este legado tomando como base las inflexiones y reconsideraciones tempranas del mismo que dejaron sus huellas en renovadas perspectivas de investigación y que fueron especialmente relevantes para el análisis histórico. Se consideran fundamentalmente la incorporación de las dimensiones de la agencia y las prácticas, siguiendo las reformulaciones realizadas por Pierre Bourdieu.

Palabras clave

Estructuralismo, historia, sujeto, prácticas.

Abstract

Between the 1950s and the 1960s it emerged with force in France a structuralist reading of the social which was opposed to humanism and the modern conception of the subject, this understood as founding entity and main foundation in the analysis. This article discusses this legacy and takes as start point its early inflections and reconsiderations that left their mark on the renewed perspectives of research, and were of great importance for historical analysis. Aspects concerning the agency and the practices, following Pierre Bourdieu's restatements, are especially regarded.

Key Words

Structuralism, history, subject, practices.

El prisionero

El historiógrafo corriente, medio, que cree y pretende conducirse receptivamente, entregándose a los meros datos, no es en realidad pasivo en su pensar. Trae consigo sus categorías y ve a través de ellas lo existente. Lo verdadero no se halla en la superficie visible. Singularmente en lo que debe ser científico, la razón no puede dormir y es menester emplear la reflexión.¹

En 1967 la televisión británica lanzó una célebre serie titulada *El prisionero*. La serie tematizaba una problemática ampliamente discutida y popularizada en ese entonces: la estandarización, el autoritarismo y la asfixia de los individuos bajo el peso del mercado y el Estado, fuese al este u oeste del telón de acero. Bajo formas orwellianas y con tintes kafkianos, la trama se desarrollaba en la lucha de un individuo por perseverar en su libertad frente a un poder opresivo y omnímodo. De esta forma, bien podía verse a *El Prisionero* como una metáfora de lo que Marcuse analizaba en su *best seller El hombre unidimensional* (1964). La antigua crítica liberal a la tiranía política se desplazaba y complejizaba a partir de una mirada pesimista sobre una diversidad de esferas que estandarizaban conductas, al tiempo que se esterilizaban las alternativas de rebelión.

Por aquellos años también, emergía con fuerza una lectura estructuralista de lo social, que se oponía al humanismo y a la concepción moderna del sujeto como entidad fundante y unidad básica para el análisis. Siguiendo algunas líneas trazadas en primer lugar por el antropólogo Lévi-Strauss, Lacan, Althusser, Barthes y Foucault, entre otros, aparecían en el horizonte teórico francés como vanguardia intelectual, ofreciendo lecturas renovadoras de Freud, Nietzsche y/o Marx, tamizadas por la lingüística de Saussure y un afán de refundación epistemológica en distintas esferas de las ciencias sociales. Así, el Ego Cartesiano y la voluntad e intencionalidad individuales eran concebidos como una superficie virtual que debía desarticularse metódicamente, para develar el mecanismo del cual eran mera expresión. Es innecesario enfatizar aquí el impacto e influencia de estas ideas, que se volverían hegemónicas en los setenta.

A pesar de que a simple vista la oposición entre una sociedad de control y la libertad individual parecían ser el *leitmotiv* de *El Prisionero*, a lo largo de los capítulos se esbozaban pistas que llevaban a pensar en lecturas alternativas. Las críticas al materialismo, el consumismo, la manipulación y opresión, etc. que se repiten en la serie contenían una vuelta de tuerca más, pero a su vez imprescindible para ver las dos caras de la moneda: una falsa idea de individuo libre –incluso cuando parece consciente de sus cadenas y se muestra resistente–, en la medida en que no ha ejercido una crítica sobre sus propias condiciones de

¹ Georg W. F. Hegel, *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, trad. José Gaos (Madrid: Tecnos, 2005), 100 [original póstumo de 1837].

constitución, o su relación con los otros sujetos y “lo otro” (en sentido amplio, filosófico).² Se abordaba así, aún en forma tangencial y metafórica, un aspecto sustantivo de las preocupaciones de las ciencias sociales y la filosofía, fuente de recurrentes reflexiones, propuestas y debates. Preocupaciones que, luego del impacto estructuralista, no podrían volver sobre los presupuestos y puntos de partida anteriores, un hecho lo suficientemente concluyente para vislumbrar la relevancia de una orientación que en algún momento pareció anegar todo el campo teórico para luego retroceder y metamorfosearse, pero de la que aun sentimos sus efectos.

El presente trabajo pretende reflexionar sobre una serie relevante –y vale aclarar, no exhaustiva– de tempranas inflexiones del estructuralismo francés que permiten entrever su potencialidad para el análisis histórico. Así, en el párrafo subsiguiente se tratarán tres derivas que apuntaron a la reconsideración de la complejidad de lo social, la temporalidad, y las prácticas. Fundamentalmente en torno a este último aspecto, se sintetiza en el tercer epígrafe el planteamiento estructuralista clásico en torno al sujeto, para luego (cuarto y quinto epígrafe) analizar las críticas y propuestas de Pierre Bourdieu, autor a nuestro entender decisivo en la reformulación de la tradición estructuralista.

Tres derivas

En su monumental obra –de más de un millar de páginas– dedicada a la historia del estructuralismo francés, François Dosse sostiene que 1966 fue un año crucial para las perspectivas ligadas al análisis estructural, un cénit a partir del cual aparecerían fisuras que conllevarían rectificaciones y un énfasis en diferencias que si ciertamente anidaban desde el inicio, comenzaron a volverse más explícitas.

Paradójicamente, es en 1967, en el momento en que los medios de comunicación descubren y magnifican la unidad y el éxito del estructuralismo, cuando los estructuralistas marcan sus distancias con lo que consideran que es una unidad artificial. Es entonces el momento de la deconstrucción, de la dispersión, del reflujo.³

Es, por ejemplo, cuando a la par del enorme éxito de su libro de 1966 *Las palabras y las cosas*, Foucault comienza a desmarcarse de los métodos a los cuales se adscribía hasta

² Puede verse una interpretación de la serie cercana a la aquí esbozada en Collin Cleary, “Patrick McGohan’s The Prisoner”, en Id., *Summoning the Gods: Essays on Paganism in a God-Forsaken World* (San Francisco: Counter-Currents, 2011).

³ François Dosse, *Historia del estructuralismo*, vol. 2 (Barcelona: Akal, 2004), 9 [1992]. Como referencia general para lo que sigue, entre una extensa bibliografía sobre el mundo intelectual francés de las décadas de 1960 y 1970, pueden citarse Christophe Charle y Laurent Jeanpierre (dirs.), *La vie intellectuelle en France*, vol. 2 (Paris: Seuil, 2016); Frédéric Worms, *La philosophie en France au XX^e siècle. Moments* (Paris: Gallimard, 2009); Jean-Louis Fabiani, *Qu’est-ce qu’un philosophe français? La vie sociale des concepts (1880-1980)* (Paris: Éditions de l’EHESS, 2010); Louis Pinto, *Les philosophes entre le lycée et l’avant-garde. Les métamorphoses de la philosophie dans la France d’aujourd’hui* (Paris: L’Harmattan, 1987); del mismo autor, *La théorie souveraine. Les philosophes français et la sociologie au XX^e siècle* (Paris: CERF, 2009).

la víspera sin preocuparse demasiado, algo que modulará el tono de su trabajo subsiguiente, *La arqueología del saber* (1969).⁴

Esa dispersión y reflujo se acentúa con los acontecimientos de mayo de 1968, cuando al tiempo que la modernización de los estudios sociales abogada por los estructuralistas comienza a ganarle la partida a la elite académica tradicional en los centros de poder universitarios, la historia y los sujetos parecen entrar en escena y fisurar sus certezas. A comienzos de 1969, Lucien Goldmann enrostra estas limitaciones a Lacan: “Ya ha visto usted sus estructuras en el 68 [...]. Eran las personas las que estaban en la calle”. La respuesta de éste último es sin dudas sintomática de la encrucijada: “Si hay algo que demuestran los acontecimientos de mayo es precisamente la salida a la calle de las estructuras”.⁵

Dentro de la miríada de replanteos y líneas de fuga que se despliegan hacia finales de la década 1960 y principios de la de 1970, hay tres que en nuestra opinión marcan aspectos relevantes que permiten entender el alcance del estructuralismo para el análisis histórico. En primer lugar, el seguido por aquellos que intentan rebasar el privilegio dado hasta entonces al sistema de la lengua sobre el habla, desplazando el interés hacia una teoría de los enunciados y del discurso. A su vez, comienza a enfatizarse la necesidad de recomponer el anclaje social desde el cual se producen esos discursos, revisando la anterior metodología que fundamentaba su eficacia, precisamente, en una operación de abstracción del lenguaje respecto a otros sistemas. De todas formas, en términos generales, se prosiguió una línea tendente a buscar las condiciones de enunciación más que los efectivos actos de habla, lo que impidió un diálogo fructífero –que igualmente se produjo episódicamente, pero en todo caso solo calaría algo más tarde– con la filosofía analítica y la relevancia otorgada por autores como J. L. Austin a lo performativo. Ilustran estos cambios las obras de esta época del mismo Foucault (la ya mencionada *Arqueología del saber* y, especialmente, *El orden del discurso*),⁶ los trabajos interdisciplinarios que se fomentan desde la Universidad de Nanterre y que vinculan a lingüistas con historiadores como Régine Robin o Antoine Prost (en una orientación lexicológica que presta especial atención a los discursos políticos),⁷ o el grupo de lingüistas althusserianos concentrados alrededor de Michel Pêcheaux. Este autor publicaría en 1969 *El análisis automático del discurso*, donde llamó la atención sobre el contexto o situación en que se inscriben los procesos discursivos, apuntando a una sociología del discurso que tendría por objeto “localizar los vínculos entre las relaciones de

⁴ Véase por ejemplo la entrevista de 1967 que da nombre al libro *¿Qué es usted, profesor Foucault?* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2014), 81-104.

⁵ François Dosse, *Historia*, vol. 2, 143. Esa respuesta a la defensiva intentaba ocultar un impacto que, como se percibió inmediatamente, resquebrajó el cientificismo estructuralista, y abrió el camino a las preocupaciones por temáticas vinculadas al deseo y el poder.

⁶ Michel Foucault, *El orden del discurso* (México: Tusquets, 2013) [lección inaugural dada a fines de 1970].

⁷ Régine Robin, *La Société française en 1789: Semur-en-Auxois* (Paris: Plon, 1970); e *Histoire et linguistique* (Paris: Armand Colin, 1973); Antoine Prost, *Vocabulaire des proclamations électorales de 1881, 1885 et 1889* (Paris: PUF, 1974).

fuerza [...] y las relaciones de sentido que se manifiestan”,⁸ e iniciaría un ciclo de investigaciones dedicadas a indagar las conexiones entre discurso e ideología.⁹

En segundo lugar tenemos el replanteamiento de diversos aspectos clave de la propuesta estructural marxista que tiene a Louis Althusser como principal animador. Se trata de una evolución que va de la publicación de ese verdadero parteaguas que es *Ideología y aparatos ideológicos del Estado* en 1969, a los textos de autocrítica que jalonan toda la primera mitad de la década de 1970. Es preciso destacar aquí que a nuestro entender Althusser y los althusserianos habían realizado a mediados de los sesenta la crítica más profunda y contundente a ese adversario preferido de los estructuralistas que es el historicismo de raigambre hegeliana.¹⁰ En *Para leer el capital* (1965) Althusser hacía estallar por los aires los presupuestos teóricos de una continuidad homogénea, contemporaneidad del tiempo y totalidad expresiva en que se fundamentaba el tiempo histórico historicista. Proponía en cambio algo esbozado en los planteamientos de Lévi-Strauss, y constatado en la práctica de algunos historiadores de *Annales* (aunque no llevado hasta sus consecuencias más radicales, y muy poco problematizado teóricamente):¹¹ la conformación de lo social a partir de diversas instancias relativamente autónomas, que despliegan temporalidades diferenciales.¹² En *Pour Marx* (1965) aparece por otra parte “Contradicción y sobredeterminación”, un texto que problematiza la centralidad que tiene para el materialismo histórico el replanteamiento de una historicidad marcada por la conjunción de una serie de contradicciones estructurales (autónomas y con temporalidades diversas) que dan lugar a una coyuntura que conforma una “unidad de ruptura”. Se trata, más allá de los límites que pudiese tener, del planteamiento radical de una concepción

⁸ Michel Pêcheaux, *Hacia un análisis automático del discurso* (Madrid: Gredos, 1978), 54 [1969].

⁹ Puede encontrarse una introducción a la obra de este fundamental autor en Niels Helsloot y Tony Hak: “La contribution de Michel Pêcheaux à l’analyse de discours”, *Langage et Société*, 91 (2000/2001): 5-33.

¹⁰ El ataque de los estructuralistas va más bien dirigido, en rigor, contra la tradición fenomenológica y el existencialismo, que tienen en Sartre su principal representante.

¹¹ Dentro de las excepciones a esta aseveración debe destacarse la extensa crítica elaborada por Pierre Vilar a la propuesta althusseriana, publicada originalmente en la revista *Annales* en 1973. Véase Pierre Vilar, “Historia marxista, historia en construcción. Ensayo de diálogo con Louis Althusser” en Ciro Flamarión Santana Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, *Los métodos de la historia: introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica, económica y social* (Barcelona: Crítica, 1976), 103-59. Un análisis del debate en Federico Miliddi, “Pierre Vilar y la construcción de una historia marxista. Notas sobre el debate con Louis Althusser” (ponencia presentada en las *III Jornadas de Reflexión Histórica. Los Asesinos de la memoria*. Homenaje a los historiadores de la Antigüedad y la Edad Media que vivieron las vicisitudes del Siglo XX, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 27 y 28 de Agosto, 2007). Sobre la perspectiva de Braudel respecto a la temporalidad y sus diferencias con Althusser, puede verse Giuliana Gemelli, *Fernand Braudel* (Valencia: PUV/EUG, 2005), 166-73 [1995]. En este artículo no tratamos el evidente impacto de la cambiante obra de Foucault sobre la historiografía francesa, perceptible desde el estudio de las mentalidades al énfasis posterior en los acontecimientos, especialmente en la denominada tercera generación de Annales. Véase Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Hacer la historia*, 3 vols. (Barcelona: Laia, 1978-80) [1974].

¹² Esto implica la modulación de estructuras con historicidades específicas a ser indagadas y que es preciso, además, poner en discusión los presupuestos teóricos desde los cuales los historiadores realizan su práctica. Althusser llama la atención sobre la importancia que esto tiene entonces para una práctica en general dominada por un empirismo ingenuo, una teoría a su entender completamente errónea, que se cuele por la ventana en nombre de un antiteoricismo, por ello mismo, muy peligroso. Al respecto véase especialmente Louis Althusser, *Para leer el capital* (México: Siglo XXI, 2000), 116-23 [1965].

contingente y no mecanicista de la historia, el trazado –aun cuando fuese sin dudas insuficiente– de una respuesta concreta para superar la teleología y el evolucionismo en los que por lo general se había encorsetado al marxismo.¹³

A partir de *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Althusser no solamente cimentaba una conceptualización compleja de la ideología que podía trazar puentes con los postulados de Lacan, sino también abría el camino para el examen de las modalidades de la “reproducción de las condiciones de producción”, camino que efectivamente fue seguido por una gran cantidad de investigadores. Althusser destacaba allí, en una senda esbozada por Gramsci, que la lógica del Estado no podía analizarse manteniendo la distinción entre lo público y lo privado, debiendo considerar como aparatos ideológicos del Estado a una pluralidad de instancias normalmente comprendidas como parte de la sociedad civil (familia, escuela, sindicatos, iglesias, etc.). Aquí nos interesan especialmente, sin embargo, un par de páginas que Althusser sumó al artículo un año después, en las que señalaba la lógica reproductiva de las condiciones de producción y de la ideología dominante se encontraba surcada por la lucha de clases. Esto conllevaba una puesta en cuestión de una posible lectura funcionalista del texto, ya que, como sintetiza en una mirada retrospectiva Balibar:

[...] el primado del punto de vista de la reproducción adquiere un significado totalmente inverso de aquél del que se había partido: en lugar de fundar las variaciones históricas sobre una invarianza, significa que toda invarianza (relativa) presupone una relación de fuerzas. Si se quiere, que toda continuidad estructural es el efecto necesario de una contingencia irreductible en la que, en cada instante, reside la posibilidad latente de una crisis.¹⁴

Emmanuel Terray, antropólogo marxista que se acerca por aquella época a las posiciones althusserianas, señala que el estructuralismo clásico, cuya matriz proviene del trabajo liminar de Lévi-Strauss, tendía a enfatizar el intercambio (lingüístico, de bienes y de mujeres), abstrayéndose de dos aspectos cruciales para el marxismo: la producción y el poder.¹⁵ Desde sus primeras intervenciones, el estructuralismo de Althusser debe lidiar con un maridaje nada sencillo. La fricción fundamental proviene, en nuestra opinión, del hecho de que la política, el horizonte de un cambio radical de las condiciones de existencia, moviliza un andamiaje teórico que no puede dejar de plantear una reflexión sobre las relaciones de dominación, las relaciones entre teoría y práctica, las luchas sociales y el horizonte revolucionario. Esto dio lugar a una serie de proposiciones conceptuales que parecen constituir tensiones que irán aflorando con mayor violencia en la medida en que Althusser se aboca a una permanente tarea de replanteamiento de aspectos presentes en sus trabajos tempranos. Así, durante los primeros setenta, este inicia un intento de deslindarse del estructuralismo clásico, rechazando su tendencia al formalismo, la subestimación de las

¹³ Louis Althusser, “Contradicción y sobredeterminación (notas para una investigación)”, en Id., *La revolución teórica de Marx* (México: Siglo XXI, 1975), 71-106 [1965].

¹⁴ Etienne Balibar, “¡Sigue callado, Althusser!”, *ER: Revista de Filosofía*, 34-35 (2004/2005): 14 [1988].

¹⁵ Emmanuel Terray, *Séminaire de Michel Izard, Laboratoire d'anthropologie sociale*, 5 de enero de 1989, citado en F. Dosse, *Historia*, vol. 2, 193.

prácticas y los procesos y, especialmente importante, la tendencia a abstraer las contradicciones que subtienden cualquier estructuración.¹⁶

En tercer lugar, comienza a vislumbrarse una inflexión hacia lo que, con el tiempo, se denominará –englobando a posiciones muy disímiles– postestructuralismo. En rigor, se trata de profundizar algunos aspectos esbozados en el estructuralismo clásico para provocar una serie de desplazamientos que coinciden con una nueva sensibilidad post-68. De allí que muchos destaquen sus antecedentes en la matriz estructuralista original de Lévi-Strauss, o en la obra temprana de Foucault y Lacan.¹⁷ Lo cierto es que si los alcances no son del todo claros hasta los setenta, los síntomas del desplazamiento pueden percibirse tempranamente.

Así, por ejemplo, en una célebre conferencia brindada en la Universidad Johns Hopkins de Estados Unidos en 1966,¹⁸ Jacques Derrida intenta resumir los aspectos centrales del estructuralismo, tomando a la obra de Lévi-Strauss como índice del giro que significó para las ciencias humanas. Si el concepto de estructura, dice, es muy antiguo, el cambio fundamental que trae ahora su uso es un antisustancialismo (siguiendo la pauta de Saussure, para quien el valor del signo depende de las relaciones diferenciales y no de una referencia externa al sistema de la lengua), rompiendo con la tradición de remitir a un centro, a un punto de referencia (o sea, a través de un origen o *telos*, remitir a una presencia: esencia, existencia, sustancia, sujeto, etc.), coartando así el “juego” de la estructura. Derrida enfatiza que la nueva perspectiva estructuralista compone por tanto campos de elementos finitos que puede dar lugar a sustituciones infinitas, evocando una no totalización o cierre definitivo. Lo más relevante aquí es, sin embargo, que este juego es posible gracias a un reemplazo del centro por un elemento que ocupa ese lugar como falta o ausencia, esto es, como un *suplemento*. Derrida destaca que ya en su “Introducción a la obra de Marcel Mauss” (1950)¹⁹ Lévi-Strauss presenta, a partir de la noción de *mana* (un significante vacío, en cuanto puede adquirir cualquier sentido), la idea de que este cumple la función de cubrir la distancia entre significación y significado, permitiendo el mantenimiento de la relación de complementariedad que es a su vez condición del lenguaje. Se establece así, subraya, un movimiento de suplementariedad, en el cual “el movimiento de la significación añade algo, es lo que hace que haya siempre ‘más’, pero esa adición es flotante porque viene a ejercer una función vicaria, a suplir una falta por el lado del significado”.²⁰

¹⁶ Véase por ejemplo Louis Althusser, *Elementos de autocrítica* (Puebla: Fontamara, 1975), especialmente el cap. 3 “¿Estructuralismo?”, 37-43. En el capítulo posterior, dedicado a su “rodeo por Spinoza”, Althusser destaca sintomáticamente: “[...] la aventura es peligrosa y hágase lo que se haga siempre le faltará a Spinoza lo que Hegel dio a Marx: la *contradicción*”. *Ibid.*, 55 [1974].

¹⁷ José Sazbón, “Razón y método, del estructuralismo al post-estructuralismo”, *Pensar. Epistemología, política y Ciencias Sociales*, 1 (2007): 45-61. Emilio De Ípola, *Althusser, el infinito adiós* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007).

¹⁸ Jacques Derrida, “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”, en Id., *La escritura y la diferencia* (Barcelona: Anthropos, 1989), 383-401 [1967].

¹⁹ Claude Lévi-Strauss, “Introducción a la obra de Marcel Mauss,” en Marcel Mauss, *Sociología y antropología* (Madrid: Tecnos, 1979), 13-42 [1950].

²⁰ Jacques Derrida, “Estructura”, 397.

También en 1966 se publica una conferencia dada el año anterior por Jacques Alain Miller, discípulo de Lacan, donde propone el nombre de *sutura* para designar la operación por la cual un elemento figura como una falta, o sea no simplemente como ausencia, sino bajo la forma de una remisión. Se trata, señala, de un aspecto fundamental de la obra lacaniana, siendo que ese elemento es ni más ni menos que el sujeto: así,

La sutura nombra la relación del sujeto con la cadena de su discurso: debemos ver que figura allí como el elemento que falta, en la forma de una suplencia. Ya que, aunque falte allí, no está pura y simplemente ausente. Sutura –por analogía, la relación en general del déficit respecto de la estructura, de la que es un elemento– en tanto que implica la posición de algo que toma su lugar.²¹

Esto implica por tanto una concepción de la estructura como fallada e inestable, en cuanto su constitución (“su estructuralidad”) se fundamenta en un término que solo figura a partir de un representante, en una lógica de inclusión/exclusión.

Nos interesa destacar aquí que el énfasis en este fallo de la estructura, que es a su vez su condición operatoria, y que abrió el camino para plantear la contingencia radical de toda estructuración. Volviendo a Derrida, quien en 1967 publica dos libros que funcionan como rescate y crítica al estructuralismo clásico,²² se enfatiza este camino a partir del “concepto” de *différance*,²³ que sintomáticamente apunta no solo hacia una lógica de lo no idéntico, sino también de la temporalización, un punto ciego del estructuralismo, apegado al análisis sincrónico, taxonómico, según el modelo saussureano. Más allá de las específicas modulaciones de esta inflexión hacia el postestructuralismo, que como sabemos conllevaron en muchos casos a una concepción de lo social anegada por lo discursivo, un rechazo de cualquier instancia de verdad basada en la contrastación empírica, un relativismo tan extremo como estéril, etc., nos parece relevante señalar que permitió vislumbrar alternativas para sortear algunos serios obstáculos del estructuralismo.

Así, por ejemplo, el carácter fallado de la estructura habilita a concebir todo equilibrio como inestable, provisorio, y a poner en cuestión una operatoria tendente a la rigidez y a un objetivismo totalizante que no atisba a cuestionarse sus propias condiciones de enunciación. Sin dudas, términos como el de *differance* de Derrida apuntan a desestabilizar la posibilidad de concebir a las categorías organizadoras de las estructuras

²¹ Jacques Alain Miller, “La sutura. Elementos de la lógica del significante,” en Id., *Matemas I* (Buenos Aires: Manantial, 1986), 55. Modificamos levemente la traducción.

²² Jacques Derrida, *Escritura*, y *De la gramatología* (México: Siglo XXI, 1998) [1967]. En este último texto se encuentran, por ejemplo, sendas críticas a Saussure y Lévi-Strauss. En el primero además se reimprime una famosa crítica, de 1963, a *Historia de la locura* de Foucault.

²³ Téngase presente que este concepto (en realidad sería mejor llamarlo no-concepto, o noción) juega un rol estratégico en el objetivo de deconstrucción de la filosofía “metafísica” y “logocéntrica” buscado por Derrida, y se lo hace jugar por tanto en un nivel de abstracción muy alto, como un basamento no-fundacional de todo ser y discurso sobre el ser (registros y separaciones que también cuestiona). La noción apareció por primera vez en 1963, y tuvo un largo recorrido en la obra de Derrida. En 1968, este dedica por primera vez una conferencia a delimitarla. Puede leerse la transcripción en Jacques Derrida, “La Différance”, en Id., *Márgenes de la filosofía* (Madrid: Cátedra, 1994), 37-62 [1972].

(las oposiciones diferenciales) en términos trascendentales –tentación no ausente en algunas obras de Lévi-Strauss–.

Por otra parte, pese a las aclaraciones en contra de Lévi-Strauss y otros estructuralistas –quienes subrayaron el carácter construido, resultado de una operación analítica–, existieron quienes tendieron a “reificar” las estructuras, o a tratarlas como instancias de lo real, naturalizándolas como órdenes transhistóricos. De allí la relevancia de la crítica postestructuralista, que habilitó por ejemplo a pensar a las instancias relativamente autónomas postuladas por los althusserianos como resultados provisionales y contingentes de la historia, y por lo tanto, como esferas a considerar de manera no cósmica ni estable: lo económico, lo político, lo religioso, etc., no serían por tanto dimensiones necesarias e intemporales de lo real, sino órdenes (con lógicas, dinámicas y temporalidades propias) con alcances y relaciones específicos, constituidos históricamente.

Pensar la contingencia de las estructuras conlleva el planteamiento de una historia no teleológica, abierta, discontinua, compuesta de tiempos diferenciales. Sin embargo, la reflexión postestructuralista sobre las condiciones de posibilidad para la historización de las estructuras no fue acompañada, en términos generales, por una indagación concreta de las diversas modalidades de constitución de las coyunturas a partir de procesos de articulación de tensiones entre los diversos órdenes de lo social, tendiendo además a sobredimensionar el lingüístico. De más está decir que las potencialidades críticas de algunos postulados postestructuralistas terminaron de revertirse cuando condujeron a una actitud relativista extrema y a un nihilismo conducente a la virtualización de lo fenoménico. No creemos, de todas maneras, que esto involucre indistintamente a toda la galaxia a la cual refiere el rótulo, y más nos preocupa, en último término, recuperar algunas de sus críticas –y no necesariamente sus respuestas–, que hacen hincapié en las limitaciones del estructuralismo.

El sujeto sujetado

Como se ha señalado ininidad de veces, la propuesta de trasponer el método desarrollado por la lingüística estructural a las ciencias sociales conllevó una desestimación de las prácticas sociales concretas, como mera plasmación empírica del sistema de reglas reconstituido por el análisis científico. Aun cuando en su modulación matricial Lévi-Strauss enfatizó sus distancias con el funcionalismo y un formalismo extremo, los sujetos tendieron a ocupar el lugar pasivo de actualizar reglas determinadas por un inconsciente social que, al igual que en el sistema de la lengua de Saussure, escapan a su voluntad. Por otra parte, esta orientación se profundizó y amplificó a partir de una serie de agrias polémicas con las tradiciones fenomenológica y existencialista hegemónicas en la Francia de la inmediata posguerra. A principios de la década de 1960, explicitando una crítica abierta largamente diferida, Lévi-Strauss acometió contra el historicismo y las filosofías de la conciencia, y específicamente contra Sartre, señalando su carácter eurocéntrico, ya que en ellas se apelaba a un hombre ideal inexistente que encubría el particularismo desde el cual se enunciaba un universal totalizante que subsumía la otredad. El desafío era entonces, en una perspectiva que aun concebía como “nuevo humanismo”, desarticular esas certezas de sí,

examinando sus condicionamientos: “creemos que el fin último de las ciencias humanas no es constituir al hombre, sino disolverlo”.²⁴

Las críticas de Lévi-Strauss reverberaron en forma de grito de guerra a partir de los agresivos alaridos de otros estructuralistas que ya nada querían saber con el hombre y el humanismo, fuesen estos antiguos o renovados. Hacia el final de ese sorprendente *best seller* en que se convirtió *Las palabras y las cosas* (1966) Foucault subrayaba que el modelo estructural aportado por la lingüística y tomado por la etnología (Lévi-Strauss) y el psicoanálisis (Lacan) llevaba a cuestionar radicalmente la episteme occidental moderna –según sostenía, relativamente reciente–, que había intentado dibujar el perfil del hombre a fines de disponerlo “para un posible saber”. Sintomáticamente, etnología y psicoanálisis eran ciencias del inconsciente, concebido este ya no como aquello que subtiende o se opone a la conciencia, sino como aquello que se encuentra “fuera del hombre”. Esto es, aquellas condiciones de posibilidad para que se articule una subjetividad no autosuficiente, sino más bien virtual. Así, concluía el autor, era posible apostar a que si “el hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento [las nuevas orientaciones en las ciencias humanas anticipan] quizá también su próximo fin”.²⁵

Si para Foucault ya en el siglo XIX Nietzsche había sido el principal anunciador de esta tormenta que parecía a punto de sobrevenir, Althusser destacaba que en rigor Marx, al fundar el materialismo histórico como ciencia de la historia –incluso contra las posiciones de sus obras de juventud–, desplegó un consistente antihumanismo teórico.²⁶ De esta manera, la históricamente forzada lectura de un “corte epistemológico” entre el Marx joven y maduro, conjugada con una brillante revisión y actualización del marxismo en clave estructuralista, conmovía a la tradición sartreana por un nuevo flanco: su compromiso político no implicaba más –siguiendo a Althusser– que buenas intenciones, aunque profundamente equivocadas, ya que adolecían de un retraso respecto al descubrimiento científico de Marx de ¡más de cien años! Se trataba, a fin de cuentas, de variaciones filosóficas de una concepción ideológica que avalaba teóricamente a “intelectuales de origen burgués o pequeñoburgués, que se plantean, y a veces en términos auténticamente dramáticos, la cuestión de saber si son, con pleno derecho, miembros activos de una historia que se hace, como saben o temen, fuera de ellos”.²⁷

De esta forma, el antihumanismo estructuralista involucró una serie de críticas que apuntaron a distintos niveles, y es preciso distinguir. Al introducir al código (fundamentalmente el lingüístico, siguiendo a Saussure) como condición para la constitución del sujeto, se resquebrajaba la posibilidad de tomar a la percepción y la conciencia como fundamentos. Percepción y conciencia, cualquiera que sea su relación, tienen como preconditiones estructuras que las determinan y organizan. Son, por tanto,

²⁴ Claude Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje* (México: Fondo de Cultura Económica, 1988), 357 [1962].

²⁵ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas* (Madrid: Siglo XXI, 1999), 367 y 375 [1966].

²⁶ Louis Althusser, *Revolución teórica*, 190 (conferencia de 1964 publicada en 1967). Las tempranas relaciones y diferencias entre la lectura althusseriana y de Foucault sobre Marx pueden verse en Michel Foucault, *Nietzsche, Freud, Marx* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1995).

²⁷ Louis Althusser, *Para leer*, 154.

resultado derivado de una articulación estructural. Categorías como experiencia, conciencia, y sujeto, eran así puestas en tela de juicio, en primer lugar, como posible fundamento filosófico (sea bajo la forma del ego cartesiano, el sujeto trascendental kantiano o husserliano, etc.). En segundo término, no podía considerarse a los sujetos empíricos como seres autónomos ni a la voluntad libre como principio regulador de sus acciones. Esto llevó a que algunos estructuralistas no le otorgaran ningún estatuto significativo, y que en sus obras las reglas, el juego de estructuras, los mecanismos, los dispositivos, etc., establecieran el marco explicativo del espacio social e histórico. Desde el psicoanálisis, Lacan debió de encarar una más compleja evaluación de la subjetividad, pero en sus trabajos emergía un sujeto irremediabilmente escindido, descentrado, nunca coincidente con el *yo* del discurso, con el que se identifica ficcionalmente.

La evaluación sobre las condiciones de constitución de los sujetos, y el énfasis en el carácter condicionado de sus creencias, valoraciones, comportamientos, etc., derivó así en muchas ocasiones en una subestimación de las prácticas. Los sujetos, a fin de cuentas, no hacían más que reproducir las estructuras sociales. De aquí el posible maridaje del estructuralismo con el funcionalismo, y la tendencia a reificar las estructuras como los verdaderos agentes sociohistóricos (los cambios, si los había, eran simple resultado del desfase entre instancias estructurales). Si los sujetos eran meros “portadores de estructuras”, sus acciones no podían ser más que hechos *ex post*, o sea solo explicables a partir de sus principios determinantes. Por otra parte, se producía un abismo insalvable entre esas fuerzas determinantes y las motivaciones o ideas que los propios sujetos pudiesen hacerse respecto a las mismas. Para Althusser, por ejemplo, el desconocimiento de los sujetos respecto a su carácter “sujetado” a la ideología (“relación imaginaria entre los individuos y sus condiciones reales de existencia”), era un presupuesto de su misma constitución en cuanto sujetos. De esta manera, el estructuralismo desechaba a la vivencia y experiencia como mero espacio ideológico, y tendía a desarrollar una versión “cibernética” de la historia, en la cual las estructuras determinan completamente el comportamiento de unos sujetos absolutamente “sujetados” (aún más en cuanto desconocen tal situación).

De aquí se desprende la relevancia que adquiere a nuestro entender una cuarta deriva, que se suma a las tres que destacamos anteriormente (y en algunos casos incluso se solapa con las mismas), tendente a recuperar desde la tradición estructuralista el espacio de las prácticas para la teoría social. Nos referimos al desarrollo, durante la década de 1970, de un profundo examen de esta dimensión por parte del sociólogo –y antropólogo, ya que sus tempranas investigaciones etnológicas cumplieron un rol crucial en su reevaluación de las prácticas– Pierre Bourdieu.

Lógicas prácticas

En un texto que ya citamos anteriormente, Emmanuel Terray sostenía que en su obsesión por recomponer el sistema social como un modelo coherente equivalente a la lengua, Lévi-Strauss terminó por subestimar las formas concretas en que los agentes se relacionan, y en cambio sobredimensionó un sistema de reglas formales reconstituido analíticamente a partir de la recolección de datos sobre la interpretación indígena de sus

relaciones: “Por eso escribí que hubiera debido titular su libro de 1949 *Las estructuras elementales del discurso sobre el parentesco*”.²⁸ Algo similar relata Bourdieu, al destacar retrospectivamente las dificultades que se le presentaron en el trabajo etnológico que desarrolló a principios de la década de 1960 en Argelia, para reconciliar los datos empíricos con el modelo construido a partir de presupuestos estructuralistas:

[...] descubrí con estupefacción, recurriendo a la estadística, lo que raramente se hacía en etnología, que el casamiento considerado como típico de las sociedades árabe-bereberes, es decir el casamiento con la prima paralela, representaba más o menos el 3 o 4% de los casos, y el 5 o 6% en las familias marabúticas, más estrictas, más ortodoxas.²⁹

El método de Lévi-Strauss podía sin embargo parecer más pertinente para el análisis de la simbología, la mitología y el ritual, dimensiones a las que de hecho dedicó varios de sus libros fundamentales. Bourdieu señala como también allí se topó con una serie de dificultades, al revelársele que la búsqueda de la perfecta coherencia del sistema involucrado en el ritual del matrimonio entraba en contradicción con símbolos y prácticas que aparecían como inclasificables en esos términos. Estas contradicciones no lo llevaron, reconoce, a una fácil ruptura con sus presupuestos estructuralistas, manteniéndose en esa órbita por varios años más,³⁰ “pensando el mundo social como espacio de relaciones objetivas trascendente con relación a los agentes e irreductibles a las interacciones entre los individuos”.³¹

Efectivamente, a pesar de que se podrían rastrear antecedentes de su indagación sobre las prácticas en trabajos de los años sesenta (especialmente la genealogía del fundamental concepto de *habitus*), es a partir de la publicación de *Bosquejo de una teoría de la práctica*, en 1972, cuando comienza a afirmarse un camino alternativo para indagar sobre aquellas lógicas vedadas al “panlogismo” estructuralista.³² Una de las particularidades de ese camino será, sin embargo, el de la búsqueda de una “teoría de la práctica en tanto práctica”

²⁸ Citado en François Dosse, *Historia*, vol. 2, 193.

²⁹ Pierre Bourdieu, *Cosas dichas* (Barcelona: Gedisa, 2000), 21 [1988]. Para ser justos, digamos que de todas formas Lévi-Strauss había respondido tempranamente a las críticas que se le habían hecho en función de la distancia entre el modelo y las relaciones de parentesco concretamente establecidas. Véase el prefacio a la segunda edición (1966) de *Las estructuras elementales del parentesco*, vol. 1 (Barcelona: Planeta/Agostini, 1993), especialmente las págs. 19-24. Es materia de debate hasta qué punto pesaron en las críticas de Bourdieu al estructuralismo su temprana formación fenomenológica, aún perceptible en algunos elementos de sus primeros estudios etnográficos sobre las comunidades rurales de Argelia.

³⁰ Puede verse una clara muestra de esta etapa de transición, en la cual realiza críticas al estructuralismo (especialmente las tendencias a hipertrofiar y cosificar las estructuras) que anticipan algunos aspectos de su propuesta posterior, en Pierre Bourdieu, “Structuralism and Theory of Sociological Knowledge”, *Social Research*, vol. 35, 4 (1968): 681-706. Cabe destacar que en este texto se encuentran, al mismo tiempo, críticas al interaccionismo que Bourdieu mantendrá a lo largo de toda su obra: a) existen propiedades de las relaciones sociales que se desenvuelven aun cuando los sujetos involucrados no tengan interacción directa; b) las relaciones entre los sujetos involucran una referencia a las relaciones posicionales objetivas que definen formas y contenidos de sus prácticas; c) el significado que miembros de distintas clases sociales otorgan a determinados bienes y prácticas culturales se encuentran mediados por un significado y función relacional, dependiente de las relaciones objetivas entre las condiciones y posiciones de clase. *Ibid.*, 690-1.

³¹ Pierre Bourdieu, *Cosas Dichas*, 21.

³² Pierre Bourdieu, *Bosquejo de una teoría de la práctica* (Buenos Aires: Prometeo, 2012) [1972].

que eluda la alternativa entre objetivismo y subjetivismo, esto es, entre un determinismo rígido y una recuperación fenomenológica acrítica –en cuanto es colocada como principio explicativo, y no a explicar– de la experiencia vivida.

Como bien ha destacado Philippe Corcuff, el punto de partida de Bourdieu se inscribe dentro de una perspectiva constructivista, en la cual lo social emerge de un proceso histórico de objetivación e interiorización. Se trata de volver operativos para la teoría social el movimiento de *interiorización de lo exterior* y *exteriorización de lo interior* propuesto por Sartre en su *Crítica de la razón dialéctica*.³³ Así, lo social remite a mundos objetivados por una relativa cristalización histórica:

[...] los individuos se valen de palabras, objetos, reglas e instituciones, etc., legados por las generaciones anteriores, los transforman y a partir de estos crean otros nuevos. Estos recursos objetivados, y por tanto exteriorizados con relación a ellos obran, en contrapartida, como condicionamientos sobre su acción, mientras ofrecen puntos de apoyo para esa misma acción.

Por otra parte, lo social se inscribe

[...] en mundos subjetivos e interiorizados, constituidos en especial por formas de sensibilidad, percepción, representación y conocimiento. Los modos de aprendizaje y de socialización permiten interiorizar los universos exteriores; además, las prácticas individuales y colectivas de los actores llevan a objetivar los universos interiores.³⁴

Sin embargo, el “constructivismo” de Bourdieu se desmarca, como dijimos anteriormente, de los planteamientos fenomenológicos (que en sociología y antropología se corresponderían con el “interaccionismo” y la “etnometodología”) ya que, en su opinión, estos asumen implícitamente una “teoría espontánea de la acción que hace del agente o de sus representaciones el principio último de las estrategias capaces de producir y de transformar el mundo social”.³⁵ Ni la subjetividad, ni la experiencia pueden ser tomados como datos dados: Bourdieu recupera aquí la crítica estructuralista, según la cual existen estructuras independientes de la conciencia y la voluntad que orientan o restringen las prácticas o representaciones de los agentes, y enfatiza que las relaciones interpersonales no son más que aparentalmente relaciones de individuo a individuo.³⁶

Pese a todo, Bourdieu señala su insatisfacción con el estructuralismo, en cuanto éste tendió a establecer una concepción normativa de la práctica. Aun cuando la regla se

³³ Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica* (Buenos Aires: Losada, 1995) [1960].

³⁴ Philippe Corcuff, *Las nuevas sociologías. Principales corrientes y debates, 1980-2010* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2013), 29 [2007].

³⁵ Pierre Bourdieu, *Bosquejo*, 186. De allí que Bourdieu rechace enfáticamente las perspectivas, a esta altura clásicas, de Alfred Schütz y Harold Garfinkel. Hay disponible traducciones castellanas de obras medulares de estos autores: Alfred Schütz, *El problema de la realidad social* (Buenos Aires: Amorrortu, 1974); Harold Garfinkel, *Ensayos en etnometodología* (Barcelona: Anthropos, 2006) [originales de 1962 y 1968, respectivamente].

³⁶ Puede verse una deconstrucción de la “ilusión biográfica”, que aunque apunta a las memorias literarias, alcanza a la constitución del sujeto, en Pierre Bourdieu, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción* (Barcelona: Anagrama, 1997), 74-83 [1994].

presente (es el caso de Lévi-Strauss) como un modelo prescriptivo que no se tiene que observar en todos los casos, se deja en suspenso una problematización de la acción, que queda así relegada como mera ejecución. Ni que decir tiene que esta problematización se vuelve imposible cuando, como ocurre en el caso de Althusser –a quien Bourdieu no nombra explícitamente en *Bosquejo...* pero alude sin duda– se establece entre práctica y estructura una “relación de lo virtual con lo actual [resultando la práctica] un epifenómeno de la estructura hipostasiada”.³⁷

Bourdieu propondrá, por tanto, la introducción de un término mediador entre las estructuras y las prácticas, a fin de problematizar las modalidades no mecánicas en que se producen la interiorización de la exterioridad y la exteriorización de la interioridad antes aludidas. Se trata, por supuesto, del concepto de *habitus*, que no debe confundirse con la idea de hábito, sino que refiere a un sistema de disposiciones durables y transponibles, matriz de percepciones, apreciaciones y acciones,

[...] estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir en tanto que principio generador y de estructuración de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente ‘regladas’ y ‘regulares’ sin ser en absoluto el producto de la obediencia a las reglas, objetivamente adaptadas a su objetivo sin suponer la intención consciente de los fines y el conocimiento expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, y siendo todo esto, colectivamente orquestado sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta.³⁸

El *habitus* se halla determinado por un entorno socialmente estructurado (sus “condiciones sociales de producción”), y al mismo tiempo se vincula con un contexto específico, una coyuntura (las “condiciones de ejecución”), siendo el principio generador de estrategias que se inscriben en una posición y temporalidad específicas, esto es, que no pueden abstraerse sin que se pierda de vista su lógica. Esa “lógica práctica”, sobre la que Bourdieu insistirá especialmente, se caracteriza precisamente por su emplazamiento en un tiempo irreversible, en el cual se abre el espacio para la improvisación, el juego.³⁹ Por esto, Bourdieu propone abordar las prácticas en términos de estrategias y no de ejecución de reglas, lo que implica recomponer el contexto y tiempo en el cual se desenvuelven, así como su imprevisibilidad y potencial desvío, ya que “el pasaje de la probabilidad más alta a la certeza absoluta es un salto cualitativo que no es proporcionado por un intervalo numérico”.⁴⁰ Bourdieu destaca también que la lógica de la práctica se caracteriza por la

³⁷ Pierre Bourdieu, *Bosquejo*, 219. Es preciso apuntar que durante los setenta Althusser fue otorgando cada vez mayor importancia a las prácticas, aunque en rigor esto no significó una rehabilitación de la subjetividad. La mención a las prácticas y el predominio de la práctica (sobre la teoría) como posición materialista es permanente y se encuentra en todos sus textos de esta época, pero nos parece que la mejor explicación se halla en un escrito inédito de 1975, publicado recientemente: Louis Althusser, “¿Qué es la práctica?”, en Id., *Iniciación a la filosofía para no filósofos* (Buenos Aires: Paidós, 2015), 99-106 [2014].

³⁸ Pierre Bourdieu, *Bosquejo*, 201.

³⁹ “Para restituir a la práctica su verdad práctica de improvisación reglada y su función [...] se debe reintroducir el tiempo en la reinterpretación teórica de una práctica temporal estructurada, por lo tanto intrínsecamente definida por su *tempo*. [...] Sustituir la *estrategia* por la *regla*, es reintroducir el tiempo, con su ritmo, su orientación, su irreversibilidad”. *Ibid.*, 275-6.

⁴⁰ *Ibid.*, 276

trasposición de esquemas a diferentes situaciones, y por la ausencia de una coherencia y totalización –orientación politética– que contrasta con la de la lógica teórica, por lo cual es preciso cuidarse de imponerle una coherencia forzada, y perder así su modulación propia.

Durante la década de 1970 Bourdieu llevó adelante un vasto trabajo de investigación vinculado a las estrategias de reproducción social, lo que implicaba articular su nueva perspectiva en torno a las prácticas con su conceptualización de un espacio social conformado por una diversidad de campos, esferas relativamente autónomas con mecanismos específicos de capitalización (que establecen relaciones de competencia, dominación y lucha). Estas preocupaciones dieron por resultado una de sus obras más importantes, *La distinción*, publicada en 1979, donde se intenta fundamentar las bases sociales (clasistas) del gusto.⁴¹ Fue sin embargo al año siguiente cuando volvió a concentrarse en la discusión de los alcances de su visión en torno a las prácticas, en *El sentido práctico*.⁴²

En este libro, Bourdieu amplió su tajante distinción entre la lógica teórica y la lógica práctica. La práctica, sostenía allí, tiene una lógica propia que se pierde si se homologa a la de la teoría. Desde este punto de vista, uno de los grandes fallos del estructuralismo consistió en transponer una lógica coherente y objetivante sobre las prácticas, que por el contrario:

[...] tienen por principio no las reglas conscientes y constantes sino esquemas prácticos, opacos a ellas mismas, sujetos a variar según la lógica de la situación, el punto de vista casi siempre parcial que este impone, etc. Así, las trayectorias de la lógica práctica rara vez son del todo coherentes y rara vez totalmente incoherentes.⁴³

Recomponer una teoría sobre las prácticas no tiene nada que ver, sin embargo, con una mera recuperación de la experiencia práctica de la práctica, ya que ésta se asienta sobre una *illusio*, necesidad social vuelta naturaleza, opaca a quienes la llevan adelante como un “estado del cuerpo”. Esta opacidad se ve duplicada en tanto las prácticas son la puesta en juego de *habitus* determinados estructuralmente (entendidas estas estructuras como campos relacionales productos ellos mismas de una objetivación histórica), produciéndose un acuerdo entre el sentido práctico y el sentido objetivado, o sea un mundo de sentido común,

⁴¹ Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* (Buenos Aires: Taurus, 2012) [1979]. Aprovechamos la mención a esta obra para destacar el trabajo empírico de Bourdieu (especialmente a partir de encuestas), que permite dejar en claro la distancia existente entre una *disposición* (en este caso, para diferenciar o apreciar) de determinado colectivo social y una causación o determinación mecánica. Decir que una clase o fracción de clase cuenta con una disposición a valorar ciertas formas de arte, deportes, bienes, etc., no implica más que una propensión estadística, que desde ningún punto de vista incluirá a *todos* los miembros de ese grupo. Por otra parte, como ha destacado Corcuff, de aquí se sigue la posibilidad de pensar la individuación a partir de trayectorias particulares, basada así en la compleja conjunción de diversos *habitus* colectivos. Véase Philippe Corcuff, “Lo colectivo en el desafío de lo singular: partiendo del *habitus*”, en Bernard Lahire (ed.), *El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu. Deudas y críticas* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2005), 113-42 [1999].

⁴² Pierre Bourdieu, *El sentido práctico* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007) [1980].

⁴³ *Ibid.*, 27.

una evidencia inmediata garantizada por el “consenso sobre el sentido de las prácticas y del mundo, es decir la armonización de las experiencias y el continuo refuerzo que cada una de ellas recibe de la expresión individual o colectiva, improvisada o programada, de experiencias semejantes o idénticas”.⁴⁴

De allí que se precise, siguiendo al estructuralismo, recomponer las condiciones de constitución de los *habitus* (la teoría de los campos) reconociendo al mismo tiempo una dimensión práctica que no se homologa a la coherencia sistémica, siendo necesario además tomar distancia y problematizar el privilegio epistemológico otorgado por el estructuralismo al observador, sin abolir por esto una distancia objetivante que, para Bourdieu, es condición de la cientificidad. Se trata, por tanto, de “objetivar esa distancia objetivante” y así reconocer “el salto entre dos relaciones con el mundo, la teórica y la práctica”.⁴⁵

Es evidente, en fin, que Bourdieu intentó realizar una tarea de revisión del legado estructuralista, corriente desde la cual se formó y desde la cual produjo sus primeros trabajos durante la década de 1960. Hasta sus últimas obras, por ejemplo, insistió en que el estructuralismo marcó el camino para comprender lo social en términos relacionales, rompiendo con el sustancialismo. Su conceptualización de los campos responde precisamente a esta premisa, ya que las posiciones sociales adquieren valor a su interior en función de las diferencias relativas entre sí, de acuerdo a la disponibilidad de determinados tipos de capital (económico, cultural, etc.).⁴⁶ Los límites del estructuralismo devienen sin embargo, en su opinión, de su incapacidad para dar cuenta de las modalidades en que lo social persiste y se recrea, algo que se da por descontado bajo la forma de reglas o normas que se imponen desde una especie de exterior (o sea, no desde la voluntad ni la conciencia de los agentes), pudiendo tomar la forma de un sustrato inconsciente (Lévi-Strauss) o unas estructuras cosificadas, contradiciendo en este último caso la premisa de tomarlas como figuras analíticas (recomposición de una lógica inscrita en las prácticas sociales, y no una realidad externa a las mismas). Contra esto, Bourdieu propondrá que el espacio social se constituye, persiste y cambia a partir del despliegue de estrategias sociales de reproducción, actuantes en una diversidad de campos estructurados en torno a determinadas formas de capital desigualmente distribuidos, planteándose dinámicas de competencia y luchas que incluso podrían poner en cuestión los límites del campo (ya que en cuanto constructos sociales, son contingentes y pueden transformarse).

Pero dado que Bourdieu comparte el horizonte crítico del estructuralismo a una subjetividad fundante, y que por tanto para él percepción y experiencia son resultados de una socialización constitutiva, también rechaza las teorías que parten del individuo racional

⁴⁴ *Ibid.*, 94.

⁴⁵ *Ibid.*, 30.

⁴⁶ “¿Por qué me parece necesario y legítimo introducir en el vocabulario de la sociología las nociones de espacio social y de campo del poder? En primer lugar, para romper con la tendencia a pensar el mundo social de forma sustancialista. La noción de espacio contiene, por sí misma, el principio de una aprehensión relacional del mundo social: afirma en efecto que toda la ‘realidad’ que designa reside en la *exterioridad mutua* de los elementos que la componen”. Pierre Bourdieu, *Razones prácticas*, 47.

para explicar la acción. Por eso mismo, tampoco le resultan satisfactorias las perspectivas que describen la comprensión inmediata de los agentes (experiencia vivida) sin explicar las condiciones sociales que las sustentan. Sus esfuerzos se dirigen, por tanto, a la recomposición de una lógica práctica que eluda los callejones sin salida de una acción concebida bajo formas deudoras de la filosofía de la conciencia, esto es “la espontaneidad y la creatividad sin la intervención de una intención creadora, la finalidad sin la proyección consciente de los fines, la regularidad al margen de la obediencia a unas reglas, la significación en ausencia de intención significativa”.⁴⁷ Es en este sentido como la noción de *habitus* enfatiza la adquisición social de disposiciones (preferencias, principios de visión y división, estructuras cognitivas y esquemas de acción) que, en contra de una visión intelectualista, no son las formas de una conciencia ni de un sujeto trascendente, sino las de un cuerpo socializado.⁴⁸

Así, la noción de *habitus* permite recuperar las lógicas de las prácticas como procesos sociales colectivos, dotados de una especie de finalidad objetiva (una “razonabilidad” estratégica), y que tienden a la regularidad, sin recurrir a explicaciones basadas en colectivos personificados que planean sus propios fines, a la agregación mecánica de acciones racionales de agentes individuales, o a una conciencia o voluntad dominante que se impone por mediación del disciplinamiento.⁴⁹

A modo de conclusión: soñar estructuras supone sujetos

Los trabajos de Bourdieu ofrecen así, en nuestra opinión, un punto de referencia insoslayable para repensar algunos núcleos problemáticos de un estructuralismo tendente a devaluar el papel de la agencia, hipostasiando estructuras cosificadas que determinarían mecánicamente la reproducción sistémica, dificultando por tanto la comprensión sobre las modalidades de cambio histórico. Destacando la persistencia y recursividad de los regímenes sociales, el estructuralismo clásico tendió a recomponer complejos sistémicos inconmensurables entre sí, eludiendo las formas de cambio *inmanente* a los mismos, siendo enigmático el pasaje de unos a otros –este es el caso por ejemplo de las epistemes de Foucault en *Las palabras y las cosas*– o conceptualizándolo en términos de disrupciones radicales que funcionan como saltos entre dos estructuraciones completamente divergentes: el “corte epistemológico” o la “unidad de ruptura” de Althusser en “Contradicción y sobredeterminación”.

⁴⁷ Pierre Bourdieu, *Meditaciones pascalianas* (Barcelona: Anagrama, 1999), 182 [1997].

⁴⁸ “Los esquemas del *habitus*, formas de clasificación originarias, deben su eficacia propia al hecho de que funcionan más allá de la conciencia y del discurso, luego fuera de las influencias del examen y del control voluntario: orientando prácticamente las prácticas, esconden lo que se denominaría injustamente unos *valores* en los gestos más automáticos o en las técnicas del cuerpo más insignificantes en apariencia, como los movimientos de las manos o las maneras de andar, de sentarse o de sonarse, las maneras de poner la boca al comer o al hablar, y ofrecen los principios más fundamentales de la construcción y de la evaluación del mundo social, aquellos que expresan de la forma más directa la división del trabajo entre las clases, las clases de edad y los sexos, o la división del trabajo de dominación, en unas divisiones de los cuerpos y de las relaciones con el cuerpo que toman más de un rasgo, como para darle las apariencias de lo natural, de la división sexual del trabajo y a la división del trabajo sexual”. Pierre Bourdieu, *Distinción*, 549.

⁴⁹ Pierre Bourdieu, *Meditaciones*, 205.

Debe señalarse, de todos modos, que esta última orientación desplegó una incisiva crítica al historicismo, y a sus presupuestos de una totalidad expresiva que se desenvuelve en un tiempo homogéneo y continuo. Dejó entrever, así, una historicidad fundada en articulaciones complejas, otorgándole un estatuto sustantivo a la contingencia. Pero esa contingencia quedó subsumida como opuesto dicotómico de la reproducción estructural, emergiendo como corte abrupto, apertura hacia una nueva estructuración. Es, en fin, como si en una perspectiva aún deudora del corte sincrónico saussureano, sólo pudiese concebirse el cambio en términos de disrupción y “salto” entre dos puntos separados por un abismo. Reconocemos aquí, de todas formas, la problematización de un aspecto sustancial para el análisis histórico: los procesos de reconfiguración abrupta (condensados temporalmente) que dan lugar a un profundo cambio estructural. Pero estos procesos, de enorme relevancia histórica, son sin embargo casos más bien excepcionales (como pueden ser las revoluciones sociales), y evidentemente el historiador se enfrenta la mayoría de las veces con sucesos de otra índole, que implican variaciones de otra envergadura. Parece, a fin de cuentas, que la comprensión del cambio bajo la única especie de la discontinuidad estructural (desconociendo la relevancia de otras especies más comunes) es el precio a pagar por una concepción sistémica tendente a sobreestimar el carácter regular y regulado de la reproducción social.⁵⁰

Por su parte Bourdieu intenta, al enfatizar la dialéctica entre mundo social objetivado y *habitus*, recuperar el carácter fluctuante de las estructuras, componiendo así “una historia estructural que encuentre en cada estado de la estructura a la vez el producto de las luchas anteriores para transformar o conservar la estructura, y el principio de las transformaciones ulteriores, a través de las tensiones, las relaciones de fuerza que la constituyen”.⁵¹ Con este fin no descarta tajantemente, sino que reelabora –especialmente a partir de su conceptualización de los campos– algunas proposiciones estructuralistas sustantivas, como la de desarrollar un análisis relacional; la de tener presente las múltiples series relativamente autónomas que constituyen el complejo social; y la de establecer causalidades no lineales, sino enmarañadas, en red.⁵² Pero a esto agrega una crucial

⁵⁰ Puede anotarse aquí que la oposición entre reproducción estructural y acontecimiento (producción de un nuevo orden estructural) sigue siendo un aspecto nodal de las propuestas y discusiones de toda una serie de autores deudores de Althusser y, en menor o mayor medida, de Lacan. Se juega aquí, por otra parte, el crucial problema de la subjetivación política. Al respecto, pueden verse, entre otros, Alain Badiou, *El ser y el acontecimiento* (Buenos Aires: Manantial, 2007) [1988]; Jacques Rancière, *El desacuerdo* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1996) [1995]; Slavoj Žižek, *El espinoso sujeto* (Buenos Aires: Paidós, 2007) [1999]; Judith Butler, Ernesto Laclau, Slavoj Žižek, *Contingencia, hegemonía, universalidad* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011) [2000]; Étienne Balibar, *Ciudadano sujeto*, 2 vols. (Buenos Aires: Prometeo, 2015) [2011].

⁵¹ Pierre Bourdieu, *Cosas dichas*, 51.

⁵² “No es posible justificar de manera unitaria y a la vez específica la infinita diversidad de las prácticas si no es a condición de romper con el *pensamiento lineal*, que solo conoce las estructuras simples de orden de la determinación directa, para dedicarse a la reconstrucción de las *redes* de las enmarañadas relaciones que se encuentran presentes en cada uno de los factores. La *causalidad estructural de una red de factores* es completamente irreductible a la eficacia del conjunto de las relaciones lineales de fuerza explicativa diferente que las necesidades del análisis obligan a aislar; las que se establecen entre los distintos factores tomados uno

rehabilitación de los agentes y sus prácticas, enmarcados en una historicidad y anclaje social específicos, siendo el *habitus* productor, pero a su vez producto de la historia.⁵³ El *habitus*, como matriz de percepciones, apreciaciones y acciones condiciona pero no determina mecánicamente las prácticas, ya que estas se despliegan siempre en “situación”, esto es, en coyunturas concretas que pueden no coincidir con las de la configuración inicial del *habitus* –produciéndose discordancias, desfases, fallos– y, fundamentalmente, bajo una lógica propia que conlleva la dinámica activa y abierta de la estrategia y el “juego”.⁵⁴ Por otra parte, durante la década de 1990, Bourdieu reformuló algunas de sus posiciones previas, al sostener el carácter plural de los *habitus*, y enfatizar su permanente cambio en función de experiencias nuevas. También reconsideró, manteniendo su crítica a una versión teleológica de la acción, el papel de la reflexividad práctica, esto es una capacidad reflexiva *en situación*, a la cual había mencionado pero dado muy poca relevancia en sus obras previas.

La ductilidad de las propuestas y análisis de Bourdieu no permiten, a nuestro entender, una crítica taxativa a limitaciones que se nos presentan más bien como énfasis que enturbian el balance entre determinación estructural y agencia. Entendemos que Bourdieu retiene una crítica a la conciencia, experiencia y sujeto (resultados constituidos, y no fundamentos de la percepción, acción o conocimiento) que es condición imprescindible para el análisis social e histórico, y uno de los legados fundamentales del estructuralismo. De allí que desestimemos las críticas que se le han realizado en función de su preocupación por explicar los condicionamientos y el carácter constituido de lo que efectivamente lo es.⁵⁵ La cuestión es, en todo caso, cómo se comprenden esos condicionamientos, y en este sentido es cierto que Bourdieu tendió a subrayar más su carácter constrictivo que

a uno y la práctica considerada; por medio de cada uno de los factores se ejerce la eficacia de todos los demás, ya que la multiplicidad de determinaciones no conduce a la indeterminación, sino, por el contrario, a la *sobredeterminación*”. P. Bourdieu, *La distinción*, 122.

⁵³ “Producto de la historia, el *habitus* produce prácticas, individuales y colectivas, por lo tanto historia, conforme a los esquemas engendrados por la historia”. P. Bourdieu, *Bosquejo*, 217.

⁵⁴ “Hablar de apuesta, de lo que está en juego, es abandonar la lógica mecanicista de la estructura en favor de la lógica dinámica y activa del juego, y obligarse a tomar en cuenta, para comprender cada nueva jugada, la serie completa de jugadas anteriores... En resumen, es obligarse a reintroducir el tiempo –que Leibniz definía como el ‘orden de las sucesiones’– y también, a la manera de los agentes mismos, el conjunto (o sistema) de estrategias de toda índole [...] que residen en el principio del estado del juego y del poder sobre el juego y, merced a este, de toda nueva estrategia”. Pierre Bourdieu, “Estrategias de reproducción y modos de dominación”, en Id., *Las estrategias de la reproducción social* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2011), 34-5 [1994].

⁵⁵ Existe una extensísima literatura sobre la obra de Bourdieu, entre la que se encuentran críticas como las que aludimos. Algunas de las obras recientes más relevantes, y que por lo general intentan evitar las dicotomías entre defensores y detractores acérrimos: Louis Pinto, *Pierre Bourdieu et la théorie du monde social* (Paris: Seuil, 2002); Patrick Champagne, Louis Pinto y Giselle Sapiro, *Pierre Bourdieu sociologue* (Paris: Fayard, 2004); Hans Peter Müller e Yves Sintomer, *Pierre Bourdieu, théorie et pratique* (Paris: La Découverte, 2006); Frédéric Lebaron y Gérard Mauger (eds.), *Lectures de Pierre Bourdieu* (Paris: Ellipses, 2012); Édouard Louis (ed.), *Pierre Bourdieu. L'insoumission en héritage* (Paris: PUF, 2013); Jean-Louis Fabiani, *Pierre Bourdieu. Un structuralisme héroïque* (Paris: Seuil, 2016).

habilitante, siendo fundamental tomar en consideración que, como ha señalado de forma magistral Anthony Giddens, en rigor se trata de aspectos inescindibles.⁵⁶

Por otra parte, también es cierto que Bourdieu pareció mantener una tendencia presente en muchos trabajos de impronta estructuralista, a eslabonar firmemente, sin establecer una clara distinción, diversos niveles o grados de constreñimiento social. Así termina dando la sensación que el vínculo entre la constitución de los sujetos y la reproducción de las relaciones de dominación es una secuencia de continuidad asegurada, más que una mediación compleja con desniveles, fricciones y tensiones. Desde este punto de vista resulta sintomática la escasa relevancia que adquiere en su obra la noción de hegemonía, noción que precisamente intenta lidiar con el carácter “desigual y combinado” de las relaciones de poder. Aun cuando Bourdieu otorga un rol central a las luchas y conflictos, termina presentando un engranaje casi automático entre la adquisición de *habitus* como condición de la agencia y la inmersión en campos donde, a pesar de las luchas y conflictos, “se juega el mismo juego”, es decir, se reproducen las relaciones de dominación que estructuran esos campos. Tiende así a desestimarse la compleja articulación de diversas subculturas o estratos culturales que se muestran relativamente impermeables o establecen un juego de apropiación y desplazamiento respecto a las estrategias de disciplinamiento y valores dominantes. Hacia esta dimensión apuntaban las tempranas críticas de Michel De Certeau a *Bosquejo de una teoría de la práctica*, proponiendo su célebre distinción entre estrategias (de los dominantes) y tácticas (de los débiles).⁵⁷

Aun reconociendo estas y otras limitaciones,⁵⁸ creemos que puede ensayarse con provecho una lectura crítica, que habilite además un intercambio –a nuestro entender impostergable–, entre teoría social y práctica histórica, recuperando en este caso la riqueza y potencialidad de un autor fundamental y con él, por supuesto, el del sustantivo legado estructuralista. En este trabajo intentamos esbozar la variedad y temprana apertura de este universo a reformulaciones decisivas, subrayando especialmente cuatro caminos que resultaron cruciales para avanzar sobre aspectos problemáticos, en los que aún se juega buena parte de los debates en torno a la comprensión de los procesos sociales (lo cual por supuesto incluye su historicidad).

En estos debates, qué duda cabe, la cuestión de la agencia ocupa un lugar central. Desde un punto de vista historiográfico, hace ya varios años que distintas voces vienen enfatizando la necesidad de un diálogo productivo con las ciencias sociales, asignándole un

⁵⁶ “Cada una de las diversas formas de constreñimiento es, de distinta manera, una forma de habilitación. Ellas contribuyen a abrir ciertas posibilidades de acción al mismo tiempo que restringen otras”. Anthony Giddens, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración* (Buenos Aires: Amorrortu, 2006), 204 [1984].

⁵⁷ Michel De Certeau, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer* (México: Universidad Iberoamericana, 2007), 58-69 [1980].

⁵⁸ Puede leerse con provecho una síntesis de diversas objeciones a la teoría del *habitus* de Bourdieu en Anthony King, “Thinking with Bourdieu against Bourdieu: A Practical Critique of the Habitus”, *Sociological Theory*, vol. 18, 3 (2000): 417-33.

puesto estratégico a la comprensión de las prácticas.⁵⁹ Bourdieu, De Certeau, Giddens, entre otros, se convierten así en autores clave, de estridentes resonancias y actualidad.

Aquí quisimos simplemente puntuar, a partir de una serie de inflexiones del estructuralismo, y las propuestas desplegadas por el sociólogo francés, un itinerario a nuestro entender imprescindible para ingresar en una discusión que apunta al núcleo de la comprensión sociohistórica. Este punteo sugiere así, como habrá podido apreciarse, el rescate y actualización de un legado de enorme riqueza. Finalmente, a través de la presentación de estas vías sinuosas pudimos entrever, en relación a las prácticas y la agencia, y volviendo sobre el título de este artículo, la manera paradójica en que, a fin de cuentas, somos quienes soñamos (en) las estructuras.

Profile

Damián López es graduado en Historia por la Universidad de Buenos Aires (República Argentina), imparte clases en dicha Universidad y en la Universidad Nacional de Quilmes. Es investigador del Instituto de Historia Argentina y Americana Emilio Ravignani, y se especializa en el estudio de las derechas políticas en el periodo de entreguerras. Es coautor del libro, *Argentina en el siglo XIX* (México: Instituto Mora, 2005) y ha publicado capítulos de libros y diversos artículos en revistas de historia y de ciencias sociales.

Damián López graduated in History at the University of Buenos Aires (Republic of Argentina), and gives currently classes at this University and at the Quilmes National University. He is a researcher at the Institute Emilio Ravignani of Argentine and American History with a work dealing with the political Rights in the interwar period. Co-author of the book, *Argentina en el siglo XIX* (México: Instituto Mora, 2005), he has also published different chapters and articles in journals of history and social sciences.

Fecha de recepción: 5 de febrero de 2017.

Fecha de aceptación: 18 de mayo de 2017.

Publicación: 30 de junio de 2017.

Para citar este artículo: Damián López, “¿Sueñan las estructuras con agentes?, o venturas y desventuras del pensamiento estructural para la historia”, *Historiografías*, 13 (enero-junio, 2017): pp. 34-54.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/13/lopez.pdf>

⁵⁹ Puede verse una síntesis de estas orientaciones historiográficas en Gabrielle Spiegel, “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico”, *Ayer*, 62 (2006): 19-50 [2005].